

Colaboración especial

¿Socios trabajando?

José Luis Valdés Ugalde

Se trata de una pregunta relevante a propósito del difícil momento que se vive en la relación con Estados Unidos, desde que el intercambio de declaraciones y aclaraciones entre funcionarios de ambos países y la hipersensibilidad mexicana enrarecieron el ambiente. Después de haber vivido este proceso de caos declarativo, las visitas de miembros relevantes del gabinete del presidente Barack Obama a México son reveladoras. Por un lado, es clara la percepción que desde Washington se tiene de que la creciente inseguridad en México representa un riesgo latente para EU. Esto en virtud del hecho, entre otros, de que en más de 200 de sus ciudades se desarrollan actividades criminales de los cárteles de manera exponencial.

Por el otro, se percibe claramente una actitud de corresponsabilidad de Washington, que parece asumir esta crisis como un problema propio. Se trataría de una estrategia mayor de seguridad nacional de Washington que apoye, con cierto poder de blindaje, la guerra emprendida por el gobierno mexicano contra el narcotráfico, antes de que ésta fracase y, en consecuencia, permean gravemente la seguridad interna de EU. Así como antes de que desestabilice fatalmente al gobierno mexicano al grado de la fractura estatal. Este doble escenario de crisis, se entiende, sería inaceptable para la administración estadounidense, toda vez que tendría en su propia vecindad un riesgo de desestabilización interna de largo plazo y más grave aún que el de Al-Qaeda.

De aquí que la reciente visita de la secretaria de Estado, Hillary Clinton, signifique, como primera fase de esta estrategia mayor, una política de control de daños cuya etapa subsiguiente estaría a cargo de nuestros nuevos huéspedes, el secretario de Justicia, Eric Holder, y la de Seguridad Interna, Janet Napolitano.

Estos eventos parecen sumarse al espectacular despliegue diplomático organizado por Obama en nuestra región —que incluye el viaje del vicepresidente Joe Biden a Chile y Centroamérica— como preámbulo de su muy próxima visita a México, pero sobre todo de la celebración de la V Cumbre de las Américas en Trinidad y Tobago, a la cual pretendería llegar con propuestas

concretas de cooperación después de sus reuniones con Lula y Calderón. En el caso mexicano, se trata de infundir ánimos a la alicaída opinión pública y a ciertos sectores de gobierno y de la clase política en nuestro país que parecen aceptar, algunos con más consciencia que otros, que México enfrenta los tiempos más duros para generación alguna desde la Revolución Mexicana. Tanto las declaraciones como la autocrítica que desplegó Clinton en México son, en principio, buenas señales. Se trataría de un posicionamiento de Estado y una expresión de la convicción estratégica que Obama tiene sobre este espinoso tema. Todo lo cual, al menos por el momento, abona a la construcción de un clima mínimamente respirable de entendimiento que permita reconfigurar el diálogo binacional y crear bases de cooperación, asegurando el acompañamiento estadounidense a la guerra calderonista que tiene en ascuas al país entero.

De las visitas de Clinton, Napolitano y Holder y finalmente de la que nos haga Obama dependerá en gran medida hasta dónde las buenas intenciones manifiestas se reflejen en hechos concretos y medidas eficaces. Obama se está caracterizando por su pragmatismo en el cumplimiento de sus propósitos y por el tratamiento de cada actor en función del tema o problema que enfrente. Este es el caso de México.

Por lo tanto, si México lamentablemente sufre un conflicto interno que representa un riesgo de seguridad para sí mismo y para EU —así como Brasil, por el contrario, representa una interesante alternativa hacia la cooperación económica y energética—, hay que aceptarlo sin remilgos. En buena medida porque esto es muy cierto y, por ahora, dada la urgencia, va más allá de la exigencia de corresponsabilidad. En estos tiempos de crisis, México hará bien en aprovechar este bienvenido reaceramiento, que básicamente ha sido promovido por Washington con la muy útil labor de cabildeo de nuestra diplomacia.

Para esto es obligado que armemos una agenda de socio creíble y que imaginemos la mejor manera de delinear las varias avenidas que tanto en el corto como en el largo plazo podríamos recorrer con EU, con el fin último de evitar las recurrentes y chocantes tempestades que nos han ocupado desde 1848. En los tiempos modernos que vivimos ya nos merecemos una relación con EU y el mundo que sea de nuevo siglo.

Internacionalista y director del Cisan de la UNAM

